Las pistas diáfanas

Andrea Ciria

Las pistas diáfanas

Andrea Ciria

Avant
editorial

Primera edición, noviembre de 2023
©Andrea Ciria, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19970-35-0
IBIC: FF
DEPÓSITO LEGAL: M-32877-2023

A Fany, mi madre y compañera en las
travesías más inusuales de mi imaginación.
A Ricardo, mi padre y cómplice en el
arte de tejer misterios y difuminar pistas.

1

Simón se observó una vez más en el espejo iluminado por foquitos incrustados en el marco de madera. Los rizos rubios de la peluca caían suavemente sobre sus hombros. Comprobó que el par de conos metálicos, fijados a manera de senos a su vestido negro, corto y entallado, estuvieran en su sitio. Dio algunos brincos para asegurarse de que las botas plateadas con altísimos tacones le permitieran moverse con facilidad. Leyó la hora en un reloj rosa, con forma de labios, colgado en la pared. Aún faltaban unos minutos para su turno en escena. Desdeñoso, apartó la mirada del caótico camerino. Desperdigados por aquí y por allá, había ropa de mujer, collares enormes, estolas de plumas, zapatillas, estuches de maquillaje. Sobre un viejo sofá tapizado con terciopelo guinda, un montón de pelucas semejaba un animal multicolor ausente de vida. Sonó su teléfono móvil. Con solo mirar la pantalla, reconoció el número. Lanzó un suspiro y respondió.

—Hola, Matías —me dijo.

Quise contestarle, pero no pude porque desperté.

El móvil que sonaba era el mío. Estiré el brazo para alcanzarlo sobre la mesita de noche.

—Agente De Huesca —dije tras limpiar mi garganta.

—Matías —escuché la voz porosa del licenciado Moreno—, te dije claramente que necesitaba tener el reporte de la investigación del incendio de la bodega para el lunes.

—Lo redactaré mañana a primera hora, licenciado —le dije aún adormilado.

—¿Qué? Matías, el caso se cerró el viernes. Mañana tendré a la familia de la víctima y a los malditos periodistas asediándome como moscas en una pollería. —Se hizo un silencio en el que Moreno esperó

a que respondiera, pero no dije más—. Quiero que escribas el informe ahora mismo y me lo envíes por correo.

Colgué luego de asegurarle a Moreno que redactaría el reporte y miré la hora en mi reloj de pulsera. Eran las nueve de la noche del sábado. Estaba cabreado.

—Viejo gilipollas —dije y me volví a acomodar entre las colchas con la intención de retomar mi sueño.

***

Xi-sparks entró en el camerino. Al ver a Simón contemplando la pantalla negra del teléfono móvil, sacudió el par de trenzas sintéticas que bailaban sobre su espalda. Simón sonrió desganado. Xi-sparks se le acercó y le plantó un beso en cada mejilla. Simón cerró los ojos.

—La *drag queen* favorita de todos, la gran Deessa, hoy luce fantástica. Esos conos plateados son perfectos.

—Gracias —le dijo Simón sin ánimo—. ¿Qué tal tu número del Oeste?

—Casi sale volando mi peluca —respondió antes de soltar una carcajada. Al ver que Simón no se reía, agregó—: Me encantan tus botas. Es una lástima que tengas los pies tan pequeños y no puedas prestármelas. —Hizo una mueca y acomodó su sombrero tejano—. ¿Harás el número de *Vogue* de Madonna? No hay quien se resista a él. El lugar está a reventar. —Notó que Simón apenas lo escuchaba—. Oye, ¿estás listo para salir al escenario? Tienes cara de pasita masticada —dijo mientras Simón dejaba el móvil sobre el tocador, entre lápices labiales y delineadores de varios tonos.

—Me siento fatal —dijo Simón y contuvo las ganas de llorar.

Xi-sparks lo invitó a sentarse un momento sobre el sofá aterciopelado y hablaron. Minutos más tarde, Simón suspiró y se puso en pie. Se sentía un poco mejor. Dejó que Deessa surgiera por completo. Posó para un fotógrafo invisible y le envió un beso a Xi-sparks. Luego le guiñó un ojo a su amigo y salió al escenario. Los chasquidos y cuerdas de violín al inicio de la canción emocionaron a la audiencia. Simón no solo se sabía de memoria cada palabra de *Vogue*, sino también los movimientos precisos del baile. Con ritmo, sensualidad y pasión, logró que la gente se levantara de sus asientos y aplaudiera al verlo aparecer bajo los reflectores, sobre la tarima.

2

Erick Moliner dio un vistazo al equipaje en el vestíbulo mientras Margarita, la sirvienta, subía y bajaba las escaleras de la mansión como si la vida le fuera en ello. Erick dio cuerda a un reloj antiguo en la pared y lo puso a la hora.

—¡Victoria! En dos minutos nos vamos —gritó él desde la planta baja.

Al poco, Margarita se aproximó.

—Dice la señora que ya no tarda.

—Por favor, dime que ya está vestida.

—Sí, señor. Solo arregla su cabello —dijo la mucama y regresó escaleras arriba.

Erick suspiró y encendió un cigarrillo. Deambuló por la sala de estar. Las fotografías de su boda, algunos viajes y sus sobrinos, sobre una consola de madera labrada, lo incomodaron. En sus ojos cabían destellos de odio y temor a la vez. Exhaló el humo con mentol y cogió un portarretratos. Victoria lucía un vestido precioso que delataba su delgadísima figura. El tono blanco y amarillento de su piel, cabello negro y largo, ojos oscuros y rasgados, y finísimas facciones la hacían lucir hermosa. Él, en cambio, veinte años mayor, caracterizado por una rala mata de cabello rojizo y sus ojos azules, pequeños y entornados, opacaba la luz en la sonrisa de su mujer. Luego cogió otra fotografía en la que saludaban sus sobrinos, Mario y Sofía. La playa se extendía a sus espaldas. Los extrañó como nunca antes. No quería ponerse sentimental y regresó el portarretratos a su sitio. Volvió al vestíbulo. El inconfundible ruido de los tacones de Victoria sobre la duela lo irritó. Jamás, en los años que tenía de conocerla, logró aprobar ese golpeteo veloz y escandaloso. Seguidamente la escuchó llenar a Margarita con

un sinfín de órdenes e instrucciones. Erick le dio una última calada al cigarrillo y lo apagó aplastándolo con suavidad en un cenicero de cristal de Murano rojo.

—Vicky, vamos a perder el vuelo —elevó un poco la voz.

Victoria se asomó por el barandal.

—Cariño, ¿por qué no le pides a Antonio que guarde el equipaje en el coche?

¿Cómo no se le había ocurrido antes? Asintió para sí y fue a la cocina. Presionó el botón del interfono y llamó al chofer.

Minutos más tarde, Victoria descendió a la planta baja. Erick viró la cabeza al escuchar las nerviosas pisadas de su mujer. Por un momento, quiso detener el tiempo y correr para abrazarla, cancelar el viaje en crucero por el Caribe y llevarla a la cama en ese preciso momento, desnudarla lentamente, acariciarla, hacerla suya. Antes de pisar el último peldaño, Victoria atendió una llamada entrante en su teléfono celular. Lo único que atinó a decir fue «te llamo luego» y colgó. Miró a Erick y sonrió levemente, él dejó ir las imágenes de su mujer desnuda y las reprimió con asco.

—La editorial se está poniendo pesada —dijo Victoria alisando su falda.

—¿Les has dicho que estarás de vacaciones en un crucero?

—Tenemos el tiempo encima, Erick. Puedo continuar la ilustración del libro mientras estamos en el barco.

Subieron al auto y Erick le pidió a Antonio que los llevara al Aeropuerto Internacional Benito Juárez. La fotografía de sus sobrinos lo dejó inquieto. Sacó su celular de un bolsillo del saco y envió un mensaje de texto.

—También espero que hayas avisado a todo tu personal que estarás de vacaciones —dijo Victoria al verlo escribir el mensaje.

—Soy el jefe, Vicky, claro que lo saben. Además, le escribo a Mario, *mi* sobrino. Como bien sabes, no fuimos a su fiesta de cumpleaños la semana pasada —dijo molesto.

3

Desperté inquieto otra vez. Me vestí y salí a la calle. La madrugada peleaba con las densas nubes de lluvia para despejar el cielo. Las luces de las pocas viviendas que aún existían entre montones de locales comerciales de la calle Pedregal, en la Ciudad de México, estaban apagadas y solo las luminarias alumbraban el asfalto mojado. Antes de emprender el camino, incliné la cabeza hacia arriba. Me agradó la sensación de las gotas, finísimas y heladas, cayendo sobre mi rostro y el frescor que producía en mi piel el contacto. Recordé a Simón… a Deessa, deslumbrante, apasionada. Constantemente imaginaba y tenía pesadillas con lo que sucedió aquella noche. Recreaba, sin llegar a nada, cada instante relatado por los testigos, en especial de Xi-sparks, el mejor amigo de Simón. A lo largo de la investigación, que no estuvo a mi cargo, supe que su verdadero nombre era Eduardo, aunque siempre me dirigí a él como Xi-sparks. Era un tipo altísimo de tez morena. Esa noche llevaba una minifalda roja, una blusa a cuadros y botas altas forradas de plumas blancas.

Pese a las claras órdenes del licenciado Moreno, me inmiscuí en la investigación del asesinato de Simón, que hasta ahora, dos años después, seguía sin resolverse.

La lluvia de la madrugada arreció. Aún podía sentir el calor húmedo y perfumado de mi sueño recurrente. Imaginé a Simón, convertido en Deessa, en escena; la vibración de la música bajo sus pies, la sensación metálica del micrófono apagado en su mano, la danza implacable de los rizos al ritmo de sus movimientos, la tenue luz sobre la audiencia y los despiadados reflectores cegándolo. Esa noche no terminó su baile.

Bajé la mirada y limpié mis ojos. El frío me hizo estremecer. Debía despejar mi mente. Eché a correr bajo el agua sin buscar la manera de sortear los charcos. Cuando sentí que mi corazón explotaba, hice una pausa y noté, otra vez, que lloraba. Una furia irreprimible, que me perseguía constantemente, me forzó a cerrar los puños, aspirar una enorme bocanada de aire. Lo contuve unos segundos y luego exhalé un vaho ardiente e irascible. Fijé la mirada en la calle, plateada por la luz de las luminarias, y reanudé la marcha.

Al regresar a mi casa, abrí la puerta resignado. Fui escaleras arriba, me quité la ropa empapada y me puse una bata de baño tras revolver mi pelo ralo con una toalla. Luego bajé a la cocina y Cleo, mi gata de tres colores, se restregó contra mis tobillos. Me agaché y la acaricié. Abrí el refrigerador y saqué una lata de atún.

—A ti se te ve el plumero siempre, Cleo. Déjame adivinar… tienes hambre —dije mientras vertía el pescado en su platito.

Preparé café y caminé hacia la contestadora del teléfono. Había tres mensajes del día anterior. El primero era del licenciado Moreno. «Bla, bla, bla, y que te folle un pez», pensé y lo borré antes de terminar de escucharlo. Las otras dos grabaciones de audio eran de Luisa:

«Hola, Matías, soy yo. Te llamé al móvil pero creo que lo tienes apagado. Por favor, márcame».

Lo borré también y escuché el siguiente mensaje:

«¿Dónde estás? Es tarde, Matías. Me voy a la cama».

Di un sorbo al café humeante y caminé hacia el ventanal de la sala de estar. Contemplé la calle bajo los faroles que no tardarían en apagarse. El frío me llevó al cuarto de baño y me di una ducha. Al salir me sentí relajado y me recosté un rato sobre la cama.

Pasado el mediodía, desperté. La angustia de todos los domingos ahuyentó mi sueño como de costumbre. Era el peor día, el familiar, el de descanso. Podría llamar a Luisa y quedar con ella para ir a comer. Sí, eso haría. Entonces recordé que debía entregar el reporte de la investigación sobre el incendio en la bodega. ¿Cuál era la prisa? El pobre tío había muerto ahí dentro, quemado y en completa soledad. Ya habíamos capturado al culpable y ahora debían procesarlo. De cualquier modo, fui al estudio y comencé a teclear al tiempo que revisaba fotografías y documentos del caso. Cuando inicié la descripción del

hallazgo del cuerpo calcinado, hice una pausa. Leí la hora y busqué mi móvil.

—¿Bueno?

—Hola, Luisa —dije con voz pequeña—. Perdona que no llamara antes.

—Matías, siempre es lo mismo contigo. Ya no sé si preocuparme o simplemente…

—Joder, lo siento. ¿Quieres ir a comer? —Se hizo un silencio tenso—. ¿Luisa?

—Está bien.

—Vale, guapa. Paso por vosotras a las tres —dije y colgué.

Luisa abrió su armario y pasó la mano por la ropa, colgada en ganchos de todos tipos. Sintió que alguien jalaba su camisón con insistencia. Bajó la mirada y descubrió que su pequeña hija tenía el rostro empanizado de talco.

—¡Mami!, soy un fantasma —dijo riendo Tamara.

—¡Dios santo! ¡Qué miedo! El espíritu malvado de Tamy está en mi habitación.

La niña de seis años reía fascinada. Luisa la cogió en brazos y la llevó a la cama.

—Siempre he querido saber si los fantasmas sienten cosquillas.

Tamara se retorció a carcajadas hasta que Luisa hizo alto.

—Tamy, vamos a salir a comer. Así que a bañarse.

Sonrió y bajó del lecho. Luisa la vio salir de la habitación y suspiró contenta.

Al terminar el reporte del incendio, lo envié al correo electrónico del licenciado Moreno. Me fijé en la hora que mostraba la pantalla de mi ordenador y me exalté. «Hostia puta». Me levanté como propulsado por un resorte en el trasero y corrí a mi habitación. Me quité el pijama y lo aventé sobre la cama revuelta. Me puse un pantalón azul marino, una camisa a cuadros y zapatos cafés. Abrí el cajón de un buró y saqué un llavero de plata con la figura de un gato erizado. Entré en el garaje. Subí a mi Ford Falcon Futura negro, modelo 1964, y encendí el motor. No pude reprimir la sonrisa al escuchar los ocho cilindros.

En su apartamento, Luisa hacía un esfuerzo abismal por no mirar su reloj. Sabía que Matías llegaría, aunque pasada la hora acordada. Estaba acostumbrada a esperarlo y se recriminaba por ello. Escuchó el inconfundible motor del Falcon y corrió a la ventana. Vio a Matías apearse del auto. Ilusionada, fue al cuarto de baño y acomodó su cabellera castaña, que caía libremente sobre su rostro pálido y salpicado de pecas. Abrió con exageración sus ojos aceitunados y delineó el color rosa en sus delgadísimos labios. Regresó a la ventana y se percató de que Matías caminaba rumbo a la entrada del edificio. Como de costumbre, se veía calmado, con ese aire taciturno que a ella le encantaba y, por alguna razón, la hacía sentir segura. Tamara, dormida en el sofá de la sala, apenas se inmutó cuando Matías tocó a la puerta. Luisa abrió, lo dejó entrar, y puso su dedo índice en los labios para que él guardara silencio. Observó su rostro varonil, de facciones afiladas, ojos tristes color marrón rodeados de líneas de expresión y cabello castaño. Él sonrió mientras Luisa caminaba de puntitas hacia su habitación y a señas le pidió que la siguiera. Una vez dentro los dos, ella cerró la puerta y dijo:

—No hagamos ruido. —Se quitó las zapatillas y el suéter.

Matías corrió hacia ella y la besó. Se deshicieron de la ropa con trabajo al tiempo que se acercaban a la cama.

4

En el Aeropuerto Internacional Benito Juárez de la Ciudad de México, Erick se limpió el sudor de la frente con la manga de su suéter. Victoria caminaba presurosa delante de su marido hacia la sección *duty free*, y lo buscaba con la mirada cada vez que recibía un mensaje de texto en el celular. Entonces Erick la alcanzó y cogió su mano. Ella disminuyó la velocidad de sus pasos y sonrió apenas.

—¿Se te antoja un café? —le preguntó él señalando una cafetería pequeña con piso y barra de madera.

—Voy a comprar un perfume. Te alcanzo más tarde. ¿A qué hora debemos abordar?

—Como en una hora.

—Perfecto.

Erick tomó asiento y pidió un expreso doble cortado. Sentía unas ganas de fumar terribles. Timbró su teléfono y respondió. Dio una serie de instrucciones a su secretaria en una de las agencias automotrices de las que era dueño y luego pidió al camarero de la cafetería que también le llevara un vaso con agua. Tamborileaba en la mesita del establecimiento. Minutos después, vio a Victoria apurando el paso hacia él. Agitó su mano al verlo. Estaba turbada. Alterado, Erick se puso en pie.

—¡Perdí mi celular! —dijo Victoria abriendo los ojos como platos.

Erick sintió los latidos de su corazón en la garganta. Ella se paró frente a él como esperando una solución, pero notó que su esposo estaba más desconcertado que ella.

—Voy a buscar un policía.

—Buena idea —dijo Erick tras limpiar su garganta.

Victoria esperó unos segundos, pero Erick no parecía muy decidido a moverse.

—¿Erick?

—Mejor voy yo. Quédate aquí mientras reporto el robo.

—¿Robo? No, no, cariño, nadie me ha robado. Lo llevaba en la mano y seguramente lo dejé en algún sitio sin darme cuenta.

Erick le pidió nuevamente que se sentara mientras él daba aviso. Se perdió en los largos pasillos y entró en un baño. Miró su reflejo en el espejo y se lavó la cara. Esperó varios minutos a que alguien apareciera y le dijera algo. No sucedió. Al salir, se topó con Victoria. Se veía molesta.

—Llevas una eternidad ahí dentro.

—¿Me seguiste?

—¿Qué cosa? No. Pagué tu cuenta en la cafetería, pensé que no podrías decir a los policías en qué tiendas he estado para que nos ayuden a encontrar mi teléfono.

Un encargado de seguridad del aeropuerto pasó por ahí y Victoria lo interceptó. Pausadamente, le contó lo sucedido. Erick sudaba y se limpió la frente varias veces. El oficial les pidió que fueran a la sala de espera. Los informaría a la brevedad si el aparato aparecía. Victoria, molesta, emprendió el camino al sitio indicado por el guardia sin esperar a Erick, que la seguía presuroso. Una vez en la sala, él le dijo:

—Vicky, si quieres hacer alguna llamada, puedes usar mi teléfono. —Ella volteó a verlo y puso los ojos en blanco. La hora de abordar el avión estaba a la vuelta de la esquina—. Te puedes comprar otro después.

De pronto, una pareja con tres hijos se aproximó. Los pequeños daban vueltas a toda velocidad y gritaban emocionados.

—Lo que me faltaba —dijo Victoria apretando los dientes—. Malditos niños en el vuelo.

5

Extrañamente, la semana transcurrió sin demasiadas novedades en la estación de policía de la alcaldía Miguel Hidalgo. Pese a que aún faltaba un par de horas para terminar la jornada laboral, salí de mi despacho y me despedí de uno que otro compañero. Era una tarde de viernes en la que, pese al frío, la gente deambulaba alegre por las calles.

Llegué a mi casa y Cleo corrió a saludarme con un montón de maullidos demandantes. Le di de comer y me senté a revisar los mensajes de texto en mi móvil. Había varios de Luisa. Sopesé la idea de ir a su piso a cenar con ella y quedarme a dormir. La cantidad de mensajes me hizo recordar cuando revisé el teléfono móvil de Simón. Había uno en especial que llamó mi atención: era de Xi-sparks. Le decía que al dueño del Dance Floor, el club nocturno en la colonia Roma, donde trabajaba mi hermano, le disgustaría mucho que faltara otra noche. Me odié por no tener idea de lo que le ocurría a Simón en esos momentos. No sabía qué responderle a Luisa. Mi plan inicial para esa noche era quedarme en casa y ordenarla, ya se me empezaba a dificultar encontrar ropa limpia y la cocina era un basurero. También tenía ganas de leer y descansar. Cogí el móvil para escribirle, pero en lugar de eso fui a la habitación de Simón. Pese a haber guardado parte de sus pertenencias en cajas, no podía deshacerme de ellas. Abrí una. Saqué su móvil y el cargador. Lo conecté a la corriente, cosa que había hecho antes cientos de veces, y leí la respuesta que le escribió a Xi-sparks: «Querida, llego en un rato. Haré el número de *Vogue*».

Recorrí la habitación de Simón. El libro de Terry Hayes que leía aún tenía el separador en la página en la que él detuvo la lectura. Deslicé los dedos por los lomos de otros libros en los estantes de la pared. Luego me introduje en el vestidor de mi hermano y accioné el

interruptor. Se iluminó su imponente colección de docenas de pelucas de distintos colores y peinados, vestidos brillantes para diversas ocasiones, estolas de pelo sintético y plumas, abrigos, medias de encaje, ropa interior femenina con relleno, zapatillas y botas de tacones altísimos, una repisa saturada de productos de maquillaje y perfumes. Pasé la mano por los vestidos y caminé hasta un tocador con un gran espejo. Encendí la lámpara sobre la encimera y me senté sobre un taburete blanco.

6

Victoria y Erick abordaron el avión. La azafata los condujo hasta sus asientos, en primera clase, y les preguntó si deseaban beber algo. Victoria pidió vino tinto con refresco de cola y él un vaso con agua. Poco antes del despegue, Erick se quitó el suéter. Su palidez era la de un cadáver y su mirada era remota e inestable.

—¿Te sientes bien, cariño? —le preguntó Victoria y repasó sus labios con la lengua.

—Sí, todo en orden. Debe ser lo de tu celular. Me crispó. O tal vez que no podré fumar hasta que salgamos del aeropuerto de Miami.

Victoria se levantó de hombros y miró por la ventanilla. Esbozó una sonrisa y viró la cabeza.

—Hacía tiempo que no viajábamos así.

Erick, distraído, sintió la mano de Victoria en su rodilla.

—¿Qué has dicho?

—Que no vamos a un viaje de negocios ni al funeral de algún amigo tuyo en el quinto infierno.

Él estaba en otro lado.

—¿El funeral de quién?

—Olvídalo. En verdad estás raro hoy. Trata de relajarte.

El avión despegó. Erick sintió un fuerte jalón en la nuca, como si todas sus vértebras se tensaran al mismo tiempo. Luego comenzó a sudar más y a respirar agitado. Victoria le apretó la mano y dijo:

—¡Erick!

—Necesito aire. —Le temblaban los dedos y la quijada—. Es...

Cuando el letrero que advertía ponerse el cinturón de seguridad se apagó, Victoria llamó a la azafata. Ella se acercó de inmediato.

—Mi marido se siente mal. ¿Tiene algún calmante?

—Puedo prepararle un té —dijo la sobrecargo, acostumbrada a la gente temerosa de volar—. Tal vez le ayude caminar un poco.

A Victoria le extrañó mucho el comportamiento de Erick. Si había alguien que se la pasaba de un vuelo a otro, era él.

—Tal vez algo que comiste te hizo daño —le dijo mientras la azafata se alejaba.

—Puede ser —respondió él con dificultad—. Pero pasará pronto. De hecho, ya me siento mejor.

Erick encogió los dedos de los pies dentro de los zapatos. Sabía que debía controlarse o lo estropearía todo. La sobrecargo regresó con una taza de té humeante.

—Ya puede quitarse el cinturón de seguridad.

—Sabe, antes de tomarme el té, daré una vuelta por el pasillo.

—Como guste —dijo la chica y se hizo a un lado.

Erick se paró. Pasó delante de la azafata regalándole una sonrisa descompuesta.

—Si no se disipa el mareo, llámeme —le dijo ella.

—Muchas gracias, es usted muy amable.

—¿Te acompaño? —le preguntó Victoria.

—No, no. Ya estoy bien. Regreso en unos minutos. Solo iré a lavarme la cara.

La azafata le sonrió a Victoria y se alejó.

Victoria se mordió los labios. Vio caminar lentamente a Erick entre los demás pasajeros. Puso el té en la charola y sacó un libro. Intentó distraerse leyendo.

Erick se empeñó en tranquilizarse. Deambulaba por los pasillos fijando la mirada en los rostros que aparecían frente a él. Parecía buscar a alguien. Eso lo puso aún más nervioso y se dirigió al baño. Entró y cerró la puerta. Refrescó su rostro con un poco de agua. «¿Qué estoy haciendo?», pensó mientras miraba su reflejo, pálido y tembloroso. Minutos después se armó de valor y regresó a su asiento. Fingió sentirse bien. Se recostó y cerró los ojos.

—Procura dormir un poco, cariño. Es un viaje corto. En menos de lo que esperas, estaremos en Miami.

Él asintió. En ese momento, un hombre le tocó el hombro. Sobresaltado, Erick se llevó una mano al pecho.